

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Primera charla

LA CONFIANZA

Comenzamos con este retiro de este mes, retiro que vamos a dedicar al Sagrado Corazón de Jesucristo.

Estamos en el mes de junio que es el mes del Sagrado Corazón de Jesús, y todo católico lo tendría que tener bien en claro y tendría que colocarle ese título y repetirlo mucho “para afuera”, porque hoy el mes de junio es tomado por ideas, por pensamientos y por títulos que no son cristianos: Junio es el mes del Sagrado Corazón.

Vamos a contemplar este Corazón divino partiendo de algunos textos del Santo Evangelio, y desde ahí nos vamos a introducir, para sacar de esos textos evangélicos algunas enseñanzas que sean útiles para nosotros, para nuestra vida.

En concreto en cada una de las meditaciones vamos a reflexionar sobre una virtud, de tal manera que acabado el retiro hayamos reflexionado sobre tres virtudes, de las cuales nos habla Jesucristo Nuestro Señor, y a las cuales nos llama el Sagrado Corazón de Jesús.

Esto que yo estoy haciendo es simplemente una guía, pero por ser una meditación, después ustedes tienen que ir a la oración, a la reflexión personal, y tratar ahí de sacar conclusiones para la propia vida. Hablar realmente con Dios (que eso es la oración), y sobre todo crear afecto, crear mayor amor a Nuestro Señor.

En esta primera meditación vamos a detenernos sobre **la confianza** que nos pide el Sagrado Corazón de Jesús.

Muchas personas alrededor del mundo dicen ser devotas del Sagrado Corazón de Jesús, y es una verdad, tienen una devoción. Sin embargo, algunos autores, hablando en particular del Corazón de Cristo, dicen que no puede ser simplemente considerado una devoción, sino que tiene que ser una espiritualidad, algo que abarca totalmente el ser, la vida de la persona y que guía ese camino al Cielo. Si es algo que abarca totalmente, es algo del día a día y de todo el día.

Cuando el Corazón de Cristo nos llama a la confianza, nos está llamando a una actitud de vida, tenemos que entender eso. Que seamos llamados por Él a la confianza es un llamado, un desafío, una misión, una actitud de vida.

Como dije, vamos a partir del Santo Evangelio, en este caso el Evangelio de San Mateo en el capítulo 11, versículo 27. Ahí encontramos estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo:

Todas las cosas me fueron entregadas por mi padre. Ninguno conoce cabalmente al hijo sino el padre, ni al padre conoce alguno cabalmente sino el hijo y aquel a quien quisiere el Hijo revelarlo,

Y aquí las palabras que van a servir para nuestra meditación:

Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mt 11,26-30)

«Venid a mí, confiad en mí», esas son las palabras del Señor en el Evangelio que acabamos de escuchar, y desde ahí nos vamos a lanzar para hacer nuestra reflexión y para que ustedes puedan obtener fruto en el orden espiritual.

¿Qué es la confianza?

Tratemos, aunque sea de forma rápida, de determinar qué es la confianza.

Podemos decir que «la confianza –y en esto seguimos a santo Tomás de Aquino– es una esperanza fortalecida por una sólida convicción», es decir, yo tengo que estar totalmente cierto, tener una certeza personal respecto de mi fe, para poder tener confianza. Es una esperanza, pero que se apoya en una convicción.

Para poder vivir esta virtud yo me tengo que preguntar inicialmente ¿cómo está mi fe? y ese trabajo que yo hago para hacer crecer mi fe.

Mi fe crece evidentemente por el **estudio** –necesito conocer las cosas de mi fe–; mi fe crece por la **oración** –porque la oración me pone en contacto con Aquél que es el objeto de mi fe, Dios mismo– y la fe crece también por los actos de abandono, de entrega, o podemos usar la palabra propia: de **confianza**.

La Sagrada Escritura está llena de textos que nos llaman a la confianza, porque si Dios es Dios es todopoderoso y es todo bondad; si Dios es Dios me ama. Si nosotros tenemos estos elementos: Él me ama, es todo bondad y todo poder ¿cómo puedo desconfiar?

Vamos a citar simplemente algunos textos de la Sagrada Escritura. Yo los tomo de mi libro sobre la confianza y aquí dice, por ejemplo:

Confía en el señor de todo corazón y no te apoyes en tu propia inteligencia. (Prov. 3,5)

Bendito sea aquel que se fía en el Señor, pues no defraudará el Señor su confianza. (Jer. 17,7)

En Dios confío y ya no temo, ¿qué puede hacerme un hombre? (Sal. 56,3)

Mirad las aves del cielo, no siembran ni cosechan, ni recogen en graneros y vuestro padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? (Mt 26,6)

Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman. (Rom 8,28)

El Concilio Vaticano segundo, a quien también cité, en la declaración *Dignitatis humanae*, va a decir:

Al igual que Cristo, los apóstoles, tuvieron empeño siempre en dar testimonio de la verdad de Dios y se atrevieron a proclamar ampliamente ante el pueblo y sus autoridades la palabra de Dios con confianza¹.

¹ CONCILIO VATICANO II, *Dignitatis Humanae*, 7 de diciembre de 1965.

Santa Margarita María, la vidente principal del Sagrado Corazón, no es la única, pero es la más conocida, la que tuvo esas revelaciones de las promesas, también, que todo el mundo en algún momento ha escuchado mencionar.

Santa Margarita María tiene varios textos, –y de hecho es así, un devoto del Corazón de Cristo, no puede no tener confianza– en los cuales nos habla sobre esta virtud tan importante.

Va a decir la santa en una carta que ella escribe:

No temáis que Él os olvide, no, porque tiene un cuidado particular de las almas que se abandonan a Él con confianza.

Acá ya comenzamos a caminar por los senderos de las promesas.

Entonces hay como una elección, un seguimiento especial de Dios, sobre aquellos que practican esta virtud tan especial: la virtud de la confianza.

Y es así que podemos ahora entrar por el camino de algunos autores que, a lo largo del tiempo que tiene de existencia nuestra Santa Iglesia Católica, han ido profundizando sobre esta realidad, y siempre de alguna manera relacionados con el Corazón de Jesús.

Un autor, al que yo cito mucho, a quien considero un gran autor sobre el Sagrado Corazón de Jesús, que ha hecho mucho bien a las almas, que ha hecho mucho bien a naciones enteras incluso: el padre Mateo Crawley –a quien deseamos algún día ver canonizado– él, en su libro *Jesús Rey de Amor*, dedica varios pasajes al tema de la confianza.

Insisto porque es parte esencial de la devoción al Corazón de Jesús, y en uno de esos textos va a tener las siguientes palabras –siempre sus palabras son como muy ardorosas, él tenía un modo de predicar que atraía mucho, porque era realmente un hombre emotivo, un hombre de fuego, más cuando hablaba del Corazón de Cristo– él va a decir:

¿En qué y cuándo merecimos esta condescendencia del amor misericordioso? [viene hablando del perdón del pecado] ¡Jamás! Hemos pecado, hemos obrado la iniquidad, hemos crucificado y muerto, con más culpabilidad que los verdugos al Señor de la vida... ¡Todos pusimos en Él nuestras manos, tintas en su Sangre, todos! Y Él nos tiende los brazos, nos ofrece su perdón, su amistad, su Corazón.

¿No es esto el colmo de los colmos, la locura de las locuras del amor de un Dios?

Por esto es inconcebible el pecado de temor, de desconfianza, iba a decir, es casi... imperdonable.

¿Es posible que su Corazón busque con afán el nuestro, –los dos abismos que se atraen– y que nosotros, hundidos en el nuestro de miseria moral nos neguemos, por falta de confianza, a dar entrada a Aquel que quiere y pide y ruega el colmar nuestro abismo de muerte con su Corazón, abismo de perdón y vida?

Es como que el Padre estaba perdido, no lograba entender cómo puede ser que siendo Dios quien es, habiéndonos ofrecido lo que nos ha ofrecido, teniendo nosotros la certeza de eso, teniendo en nuestras manos tantas pruebas de su amor, no confiemos. Continuaba el autor:

A sus instancias contestamos con el argumento manoseado de indignidad y de respeto, como si Él no lo supiera al brindar el tesoro de sus ternuras...

Es un clásico “¡Ah no soy digno de Dios...!” ¿y quién es digno?, nadie es digno, por eso, eso no es un argumento para desconfiar.

(...), como si él fuera el monopolio de los justos, o de los que creyese merecedores de sus gracias... Se diría que estos tales pretenden enmendarle la plana a un Dios que parece exagerar (!), al querer confundir su vida inmortal con la nuestra.

No sé si se entendió la idea, pero lo que está diciendo es: aquel que desconfía de Dios le está diciendo a Dios, “para Señor, ¿no te das cuenta quién soy yo?”, está diciendo a Dios, “¿no te das cuenta?... ¿no te das cuenta que sois muy importante, que no te puedes abajar?”

¡Eso no está bien! Puede parecer humildad, pero es falsa humildad, porque es Dios quien quiere abajarse y por algo lo hace y está en sus designios misteriosos, en su amor y en su bondad y lo que a nosotros nos corresponde no es corregir a Dios, porque se está equivocando. Lo que nos corresponde es aprovechar ese acto de amor, de misericordia, de bondad divina, **aprovechar**.

(...) De ahí que, cuando Él avanza, esas almas retroceden; cuando Él dice «Venid todos», ellos parecen repetir lo que el endemoniado del Evangelio, «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, ¡oh Jesús!, Hijo de Dios?... ¿Has venido con el fin de atormentarnos?» (Mt 8,29) ¡Y los infelices huyen!...

Porque es un clásico, los infelices huyen. Huir de Dios... ¡es una locura!, pero muchos lamentablemente caen en esta locura, en lugar de buscar al Dios que los puede sanar, perdonar, llenar esa falta de afecto, se escapan de Él.

Voy acabando con el padre Mateo Crauley:

¡Ah! Olvidan estos tales que entre el Padre Justiciero y nosotros los rebeldes se ha interpuesto como puente de esperanza, por el cual llegaremos los culpables, perdonados hasta el Padre de Clemencia, ¡el Hijo Misericordioso! «Pasad, hijitos míos, dice, pasad por ese puente, que soy el Crucificado; no temáis, pasad, pues Yo soy el Camino... ¿Por qué tembláis...?»²

¿Por qué tembláis? Dios es Dios de mucho respeto, a Dios lo debemos tener como alguien superior, y alguien al que no podemos alcanzar, pero Él quiso que lo alcancemos. Él se abajó para elevarnos, es verdad, nuestras fuerzas no dan, somos débiles, pero Él quiso, y nos pide una cosa: confianza, confianza.

Santa Margarita María –la voy a citar nuevamente– escribió una carta, en la cual usa palabras que para nosotros son muy duras, son muy fuertes pero reales, porque habla justamente de este tema, ¿por qué desconfiar de Dios, que solamente nos ha hecho bien?, que no nos ha dado sino bienes, que nos ofrece su perdón, su amor misericordioso, que no sabe más cómo negociar con nosotros, cada día más fácil, ¡cuántas oportunidades!, ¡cuántas opciones que nos da!

Dice en esta carta³:

² P. MATEO CRAWLEY, *Jesús, Rey de amor*, 1928.

³ *Vida y Obra de Santa Margarita M^a de Alacoque*, XXXIV.

¡Que obligada estáis, mi querida Hermana, [le está escribiendo a una religiosa], al Sagrado Corazón de Nuestro Señor, por el tierno amor que os tiene! Este es quien le hace usar con vos de tan gran misericordia, que no os permitirá que os perdáis, sino que os conducirá por el camino recto para haceros llegar a Él, de grado o por fuerza. Y por eso, este soberano Maestro, viendo que le abandonáis tan a menudo para entregaros a un extraño, os ha atado como se ata a un perrito, con las cuerdas de su amor, unidas a la de vuestra voluntad, por las cuales os lleva tras Él.

Y porque os conduce por un camino escabroso, un poco áspero y espinoso, volvéis a menudo la cabeza, para ver si encontráis quien os lo suavice. Es en vano; hay que pasar por ahí, porque ahora es tiempo de luchar y sufrir con humilde sumisión, para purificaros y perfeccionaros como le place, a fin de haceros digna de que lleve a cabo los planes que tiene sobre vos.

Ahí está el gran tema. A veces queremos que Dios nos ame, queremos amar a Dios, pero no estamos dispuestos a la confianza cuando Dios nos dice “el camino es este y vas a sufrir” o ahora está sufriendo, pero es Él camino, sólo así se gana la vida eterna. En definitiva, es la realidad de la cruz siempre rechazada, la cruz que es una bendición vista como un objeto de maldición. ¡Lo contrario!, ¡no!, la cruz es nuestra vida y por la cruz nos purificamos y nos hacemos dignos de Dios y llegamos a Dios.

Acaba esta carta:

¿Por qué teméis, si os rodea por todas partes de un muro infranqueable a los ataques de vuestros enemigos?

Acordaos únicamente de que nadie puede consolar ni aliviar a aquel a quien Dios quiere hacer sufrir. Mas abandonaos a su dirección, puesto que estáis en el estado en que Él os quiere, que es de vivir sin apoyo ni deseo, y sin más amigos que los que Él mismo os dé. Haced esto y viviréis como Él quiere.

Nada de consentimiento voluntario, sino una simple desaprobación en todo lo que conozcáis que desagrada al Sagrado Corazón de Nuestro Señor, que os pide por práctica la mansedumbre y la humildad. Obrar, sufrir y callar humildemente. No penséis más que en emplear el momento presente.

La santa llamando, con palabras fuertes –nosotros hasta podríamos decir, palabras barrocas– a confiar, hasta el momento en el que estoy crucificado, hasta en el momento en el que estoy sufriendo.

Hace pocos días atrás, en otra charla que tuve que dar, citaba un ejemplo que lo trae el padre Luis Mendizábal, en su libro *En el Corazón de Cristo*, que es un ejemplo justamente sobre este tema de la confianza, y es un ejemplo fuerte, dice así, lo voy a leer directamente:

Rafael Reyes era profesor de un seminario. Siendo aún joven quedó ciego y así no pudo ser ordenado sacerdote. Si en el mundo hay pruebas duras, entre ellas no es la más pequeña quedar ciego y tener que renunciar al sacerdocio para quien ha recibido y abrazado la vocación, pero Rafael Reyes, que vivía fuertemente la realidad de su íntimo diálogo con Cristo escribió en aquella ocasión una maravillosa poesía, decía en ella:

Cuando era niño mi madre tenía la costumbre de acercarse a escondidas, ponerme las manos en los ojos y preguntarme ¿quién soy? Yo, que la reconocía, respondía abrazándola “eres mi madre”. Ahora soy ya mayor, y has venido tú, Dios mío y me has puesto las manos sobre los

ojos preguntando ¿quién soy? Yo reconozco tu voz y tus manos y contesto “eres mi Padre” y mi deseo es que tú retires tus manos para que yo pueda contemplar tu rostro y abrazarte por toda la eternidad⁴.

Para él fue una prueba durísima, tener que dejar esa vocación. Él estaba convencido que Dios lo había llamado, y de un momento a otro pierde la vista. Es como perder también el norte, el rumbo, ¿por qué? ¿Por qué?...

Y ahí se acordó: cuando mi mamá me tapaba los ojos, me preguntaba quién soy, y yo por la voz sabía que era ella; ahora que Dios me hace caminar caminos de fe, de oscuridad de la fe, no puedo responder otra cosa que “eres mi Padre, eres Dios, te reconozco, te reconozco por tus obras, te reconozco por tu amor, aún en la adversidad”.

Finalmente quiero citar un autor ya más moderno, Jacques Philippe, en su libro *Busca la paz y consévala*, un libro realmente maravilloso que nos ayuda a trabajar en la confianza, en el abandono en las manos de Dios, saber que esa Providencia está siempre sobre nosotros.

Él va a decir en este libro:

Importa que sepamos una cosa: solo podemos experimentar este apoyo de Dios si le dejamos el espacio necesario para que pueda expresarse. Querría hacer una comparación, [de aquí el ejemplo del cual me voy a valer] mientras una persona que debe saltar en paracaídas no se haya arrojado al vacío, no podrá sentir que las cuerdas del paracaídas la sostienen, porque éste no ha tenido aún la posibilidad de abrirse. Es necesario primero saltar, sólo entonces podrá sentirse llevado [y, el autor saca la conclusión], ¿no ocurre también así en la vida espiritual?...

«Dios da en la medida de aquello que esperamos de Él», dice San Juan de la Cruz. Y San Francisco de Sales: «la medida de la providencia divina sobre nosotros es la confianza que tenemos en ella»⁵.

Por eso es que para nosotros la confianza también es la moneda de cambio con la cual compramos los dones divinos. La persona que confía, por su confianza, por su decirle a Dios “eres mi Padre”, “te reconozco”, “reconozco tu poder y tu bondad”, por eso recibe y recibe y recibe. Y en ese recibir, crece y crece y crece espiritualmente y se purifica y se hace cada vez más digna de Dios y de ese Sagrado Corazón, y se va identificando de alguna manera con ese corazón.

«Venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os daré descanso» nos dice el Sagrado Corazón de Jesús.

«Venid a mí», «venid a mí, aprended de mí», mirad la confianza de Cristo en el Padre, confianza absoluta: “Padre es terrible lo que se viene: la pasión, el dolor... Lo conozco todo, soy Dios también, sé cuánto voy a sufrir, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya, porque confío, y esa confianza hasta el final. Padre en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Ese es nuestro ejemplo: Nuestro Señor Jesucristo. Él confió absolutamente del Padre del Cielo, y por esa confianza hizo la redención humana. Salvó a todos.

⁴ P. LUIS MARIA MENDIZABAL, *En el Corazón de Cristo*.

⁵ P. JACQUES PHILIPPE, *Busca la paz y consévala*.

Nosotros tenemos que confiar absolutamente en el Padre del Cielo, no aplicarle criterios humanos, no creer que Dios se comporta como los demás. Los seres humanos fallan; los seres humanos son traidores; los seres humanos nos producen dolor, nos hacen sufrir; el Padre del cielo no, y si él permite algún sufrimiento, algún dolor, alguna cruz, que es muy posible que ustedes, muchos de los que estén siguiendo este retiro, estén crucificados en este momento, si el Padre lo permitió es porque ese es el camino para un bien mayor y el mayor de todos: la salvación eterna.

Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para llegar al Reino de los Cielos, pero pasando esas tribulaciones de la mano de Dios Padre, con confianza absoluta, en el Sagrado Corazón de Jesús, e inmersos por medio de la oración continua, en el divino Espíritu Santo, tenemos que tener la certeza de que nos vamos uniendo de una manera tal a Dios, nos vamos purificando de lo que no es digno de Él y nos vamos preparando para la vida eterna.

Confianza, es el gran pedido del Corazón de Cristo: “Yo te voy a llevar, Yo te voy a solucionar los problemas. Y si este problema en concreto no se soluciona, Yo te enseñaré a llevarlo, a cargarlo como se carga la cruz y por medio de él un bien absoluto, un bien gigantesco: el bien de tu alma, el bien de las almas de muchos otros”. Confiemos hasta el exceso.

El Sagrado Corazón reclamaba en una ocasión a un alma privilegiada diciéndole: “Me dices que soy tu Dios y me agarras la mano, me la sujetas. Si soy tu Dios suéltame la mano, déjame hacer y deshacer en tu vida, déjame romper todo si es necesario. Confía, lo que construiré será mucho mejor.

Vamos hacia la oración con estos pensamientos y tratemos de analizar, ¿cómo está esta virtud de la confianza, que tiene que ser absoluta en nuestra vida, en nuestros corazones?

Que el Sagrado Corazón nos lleve y nos llene de esta santa virtud.